

PILDE Y TERRITORIALIDAD*

HELMER HERNANDEZ ROSALES

PRESENTACION

Para algunos pildeseros de Tumaco, lo mismo que para algunos curanderos de mordeduras de culebra, el bejuco llamado Pildé es "la mamá de las plantas". Para otros se llama "El sabio" o "El Mago".

Estas denominaciones obedecen seguramente a la diversidad de propiedades extraordinarias que se le atribuyen, las cuales son fácilmente verificables a partir de la profusa oralidad que expresan estas concepciones.

Para los curanderos de mordedura de culebra, el pildé es un componente indispensable de los brebajes o "tomas" preventivas y curativas, así como los emplastos o "sobijos" con los cuales se complementa la curación.

Para los campesinos, el pildé es una planta poderosa que puede ser instruida, mediante un ritual que se realiza en el momento de la siembra, para que se convierta en cuidadora de las fincas. La planta debidamente instruida se convierte en un vegetal que habla, silba, canta o emite algún tipo de sonido en el momento en que algún intruso se mete en las fincas a robar los productos.

Para los pildeseros, el pildé es una planta mágica, poseedora de un "elemental" o espíritu que facilita y propicia la comunicación con los espíritus de los muertos. Se lo utiliza especialmente para solicitar información a los espíritus sobre la localización de los "intereses" o las guacas. También suele ser utilizada para encontrar objetos perdidos o robados, para averiguar sobre la localización de personas extraviadas y, en ciertos casos, para resolver incógnitas de tipo histórico, religioso o personal.

En el Pacífico nariñense suele decirse que el pildé es "bobo para nacer". Es decir, es una planta que no requiere ningún cuidado especial en la siembra y

* Universidad de Nariño

en el crecimiento.

A partir de estas y otras averiguaciones acerca de los usos y valoraciones del pildé por parte de algunos pilsederos y curanderos de Tumaco, he podido elaborar un extenso relato, en el cual hago el recuerdo de algunos episodios de la vida de un personaje ficticio llamado Ricardo Cabezas Cuenú.

En todo caso, Ricardo Cabezas no es un personaje fantástico, pues en él se articulan diversas experiencias y acontecimientos que, de una u otra manera, han afectado la vida de varias personas de la costa pacífica nariñense. Y, en cierta medida, este hombre, al que hago alusión, es todos los hombres de la costa pacífica, según como yo los percibo.

EL EMPAUTAO (Fragmento)

5

Para Ricardo, los días habían empezado a transcurrir de otra manera desde aquella noche en que en esa sesión de pilsederos, pudo percatarse de la posibilidad de comunicarse directamente con los espíritus de los muertos. Pensaba que mediante el uso del pildé, y a diferencia de los sueños, era posible preguntarles lo que al pilsedero se le ocurriera y además invocar a cualquiera de tantos, sea de los buenos o de los malos.

Conocía perfectamente que los espíritus, especialmente aquellos que se hallaban en algún socavón oscuro del infinito, penando por las deudas dejadas en la vida terrena, podían venir y meterse en la cabeza de las personas a través de los sueños, y de ese modo podían manifestar sus peticiones o simplemente lograban que los vivos se acordaran de ellos.

Pero de ninguna manera se podía conversar con ellos, hacerles preguntas y peticiones, hacer acuerdos con ellos o pedirles favores porque en los sueños las personas estaban como muertas, como si no tuvieran alma y por eso sucedían cosas, se miraban gentes, se vivían experiencias, pero el que estaba soñando no podía decir, ni hacer nada.

Como en ese sueño de hacia algunos días en el que vino el espíritu de la

maestra que tuvo en su infancia. La vió sentada junto a la mesa que se hallaba en frente del curso. El se vió sentado en el mismo sitio en que se ubicaba en los primeros y únicos días de clases que recibió en su vida. La miró joven y alegre, con el mismo rostro de su mamá, sujetándose el pelo con unos peines brillantes y llevando en las orejas unos pendientes grandes y redondos como argollas de juego de sapo.

El se sentía incómodo porque su cuerpo estaba impregnado de un olor escandaloso a hojas de gallinazo y esperaba que de un momento a otro la maestra se aproximara a él para reprocharle su falta de aseo. El sabía que había hecho todo lo posible por sacarse ese olor: había utilizado jabón de coco, se había restregado con una estopa y finalmente se había vaciado encima medio frasco de agua florida. Sin embargo, el olor no se había extinguido y, en cambio, la piel le había quedado reseca y casposa. Pero la maestra no le hizo ningún reproche, lo ignoró durante largo rato y él alcanzó a sentirse feliz en medio de la indiferencia. Los otros niños parecían desconocer completamente sus emanaciones fastidiosas y aunque no podía mirarles los rostros se sintió sumergido en un ambiente de confianza y complicidad.

De repente, por la ventana entró un enorme perro negro de ojos brillantes. Los niños se sobrecogieron aterrorizados y se apiñaron apresuradamente en torno a la maestra. El perro se situó al lado de Ricardo y desde allí latía amenazante. Ricardo comenzó a reírse estruendosamente, sin que sintiera verdaderos deseos de hacerlo e incluso procuraba sujetarse la mandíbula para cerrarla, pero su risa era incontenible. Hubiera querido igualmente buscar refugio en el grupo de niños, pero no lo hizo porque sintió temor de que el perro se fuese con él.

Después, un hombre que llevaba en las manos una escopeta lista para ser disparada, entró en el salón. "Es un perro con rabia", dijo y empezó a disparar al aire. La maestra se aproximó al hombre de la escopeta y dijo que a ella no le parecía que ese perro tuviera rabia. "Más bien parece el diablo", dijo. "Sí", dijeron los niños, "es el diablo, es el diablo, es el diablo". En seguida, la maestra levantó una vara de chanul que se encontraba sobre la mesa y se acercó a Ricardo. "Bájate los pantalones", le dijo y le dió dos varazos en las nalgas desnudas. Los niños se rieron y empezaron a lanzarle cáscaras de naranja y pepas de mango. El se recogió en un rincón del salón y se dedicó a trazar dibujos con una estaca de guadua sobre el piso, que en el sueño era de arena de playa.

Después del sueño, Ricardo comprendió que el ánimo de la maestra, quien en su infancia lo había castigado por escribir con la mano izquierda, había venido a castigarlo nuevamente porque él nunca había dejado esa costumbre. Entonces, volvió a sentir el ardor afilado del rencor y del resentimiento; se levantó del petate donde se hallaba durmiendo, abrió la puerta del rancho, se paró en el umbral y se estuvo largo rato gritándole madrazos que recogía la noche salpicada de cagadas de estrellas.

Pero desde la noche en que conoció los poderes del pildé se confabularon en su pensamiento todas las experiencias que había vivido y los relatos que había escuchado en los tiempos en que deambuló por las hojarascas manidas del Putumayo, junto con los casos que había conocido a través de sus lecturas obsesivas de la Biblia, más los escombros de relatos que había escuchado en su infancia en las noches sin luz en las que se hablaba de las sombras fugaces que atravesaban las puertas de las casas y que en realidad se trataba de los espíritus de los moritos que habían sido enterrados sin bautizar, o de los espíritus de los muertos en los derrumbes de las minas, o de los espíritus de los calcinados en los sucesivos incendios, convirtiendo su imaginación en un potrillo desbarrancado que había empezado a prever una currunta infinita de posibilidades de contactos con toda la fauna espiritual, sin atreverse a hacer discriminación alguna.

6

Había noches en las que se imaginaba un contacto con el espíritu de Jorge Eliécer Gaitán, a quien le preguntaría de qué truculencia jurídica había de valerse para que a él, incendiario y empautado, no lo metieran a la cárcel en caso de que lo llegaran a capturar, y de cómo haría él, indocumentado como estaba, para convertirse en el propietario oficial de esa extensa franja de tierra fangosa que había vuelto cultivable después de varios años de trabajo arduo y vehemente en la apertura de drenajes, tala de los bosques y los ranconchales, cultivo de plátano y árboles frutales y en la crianza de gallinas, cerdos y caballos.

Más aún ahora que, para su mala suerte, algunos colonos de las cercanías le habían conversado que unos testaferreros de los Acuarelas andaban como desmentalizados, comprando esas tierras a precios que nunca nadie había imaginado.

Decían que ellos necesitaban esas tierras a como dé lugar, que las estaban pagando muy bien y en efectivo porque tenían pensado iniciar un cultivo sofisticado de la palma africana, que les estaban ofreciendo unos buenos millones y les prometían un buen préstamo.

Que si ustedes quieren comprar otras tierras, que muy bien, que nosotros les ayudamos; que si quieren instalarse en el puerto, que muy bien, que nosotros hasta un lote de tierra donde levantar un rancho les conseguimos. Pero que si ustedes querían quedarse trabajando en la nueva plantación, que magnífico, que eso era lo mejor, porque con ser ellos campesinos de ese lugar, que conociendo ellos tan bien esas tierras y esos ranconchales, quedarse allí era lo más conveniente.

Que por el trabajo, les iban a pagar un salario mínimo, les decían, como en las buenas empresas. También les ofrecían unas horas extras porque habría que trabajar los domingos y festivos, y a veces hasta en las noches. Además les prometían el pago de unas prestaciones y el seguro social, para el caso de alguna enfermedad, de que algún pasmo por ejemplo, de alguna lesmaniasis, algún paludismo de tres cruces, algún cólera, o los accidentes que tampoco faltan, como decir una cortadura de machete o alguna caída de un árbol, o de cosas así que a veces pasan.

Les decían que todo esto y mucho más estaba previsto por la nueva empresa, como para que se vayan dando cuenta de todas las ventajas de las empresas modernas, para que piensen, si la poca inteligencia les permite, en todas las ventajas que les trae el progreso, para que se vayan civilizando y vayan aprendiendo a vivir como seres humanos, y no como ahora vivían, como animales rodeados de pura miseria, sin medicinas, sin horarios, sin salario, sin futuro.

Pero para que todo esto se lleve a cabo, obviamente hacía falta la colaboración de quienes vivían en la zona, pues ellos necesitaban que les vendieran esas tierras porque estaban cercanas al río a orillas del cual pensaban construir un embarcadero para llevar el aceite de palma africana hasta el mar y de allí transportarlo hasta la costa atlántica.

Sin embargo, hacía mucho tiempo que Ricardo había decidido categóricamente que ni muerto le iban a quitar ese pedazo de tranquilidad hecho tierra que había podido encontrar después de deambular por los parajes claro-oscuros de los

ranconchales de la vida.

Por esa razón, el día en que llegaron hasta su rancho, los sudorosos y rechonchos funcionarios de los Acuarelas, melositos ellos, todavía dizque llevándole una remesa como obsequio, como si se estuviera muriendo de hambre, mi pana, ahí mismo se les había emputado.

Decían que de una se les había emputado. "Serranos de mierda", les había gritado. "¿Ustedes qué creen, que yo soy algún caído del zarzo? No se equivoquen", les había dicho, "no me crean tan agüevado, y se me van ahora mismo, llevándose su regalo, grandísimos hijueputas", les había dicho. Y que nadie les había dado permiso para que entraran en sus tierras. "Aquí yo soy el que manda, aquí yo soy el dueño, grandísimos hijueputas", les había dicho. Y había desenvainado su tambo, mi hermano, y lo había rastrillado contra el piso. De ambos lados lo había rastrillado y el machete feliz echando chispas, también de lo puto.

Entonces uno de ellos, el más mandón, el más sarcástico le había dicho que no se alebrestara tanto, que ellos ya sabían que de esas tierras él no tenía ningún documento legalizado, ni un solo recibo de todo eso porque él había llegado hasta allí y se había acomodado sin permiso de nadie. Así que mejor se diera cuenta que le estaban haciendo un favor, pues le estaban comprando unas tierras que ni siquiera le pertenecían. Que le echara cabeza, le había dicho, que pensara que lo estaban beneficiando, y que no se alebrestara tanto. Además, le había dicho bajando la voz e intentando un susurro que en realidad era un grito apagado, que ellos ya conocían su historia, empautado de mierda, le había dicho, y se había echado a reír y los otros lo habían acompañado sumisamente en la risa.

Ricardo había sentido unas ganas inmensas de saltar encima de cada uno de ellos y tumbarles las cabezas de un machetazo como si fueran cocos podridos. Pero se había calmado y simplemente le había respondido en forma pausada y contundente que si sabían quién era él, que mucho mejor, para que se dieran cuenta de lo que era capaz cuando alguien se atravesaba en su camino, y que él sería el primero en comprobarlo si se diera el caso. Así que les solicitaba, y lo dijo como una súplica, que se olvidaran de él, que lo dejaran tranquilo, que así como estaban las cosas estaban muy bien. Y los hombres de la comisión se habían marchado, sudorosos y tensos, recibiendo en la cara y en la espalda los chicotazos hostiles de los ramales bajeros.

No volvieron. Pero durante los meses siguientes, Ricardo habría de ser testigo de la más portentosa devastación de manglares, cabuyales, acapues, chanules, chimbusas, sajos, guaduales, nagueares, pialdes, pulgandes, quindes, sajos y tângares.

Las trepidaciones de las motosierras que durante el día y la noche abrían desafortadamente claros extensos y olorosos a aserrín enfuertecido se confundían con las crepitaciones de los árboles gigantescos que caían con los costados completamente rebanados por la acción de las hachas. Las conversaciones insulsas de los macheteros que se encargaban de cortar los ramales tupidos se habían convertido en una bramazón tan monótona que parecía una confabulación de colmenas para desjuiciar las tardes remansadas.

Las cuadrillas de peones que abrían las zanjas de los drenajes para permitir el desplazamiento de las aguas verdosas que se habían estancado en los terraplenes, se aproximaban provocadoramente a las cercas vivas de palmas reales que Ricardo había sembrado a lo largo de los linderos. Por primera vez, Ricardo sintió remordimientos por haber perdido tanto tiempo y tanta energía en las parrandas interminables, en las pependencias inútiles, en el asecho furtivo de las hembras, en las rumeaderas de sus malas inclinaciones al amparo del ronroneo de las hamacas.

Pero de todos modos, él ya había decidido que de sus tierras no lo sacaba nadie, ni siquiera el hombre más poderoso de la tierra, ni siquiera cuando funcionarios de los Acuarelas habían cambiado de táctica porque habían dejado de acercarse a los campesinos con regalos y con ofrecimientos, y habían contratado un grupo de negros atarvanes, de esos malafesivos, para que provocaran pependencias con los campesinos testarudos.

Decían que asaltaban los ranchos y ultrajaban a las mujeres, les prendían candela a los cultivos, les envenenaban los perros, se les orinaban en los pozos de donde ellos cogían el agua, les espantaban los caballos, los asustaban con demandas penales ante funcionarios falsos, para que se aburrieran, carajo, para que entendieran de una vez que el progreso no se iba a detener por culpa de un malparido de esos, y que si no querían entender por las buenas, tendrán que entender por las malas, estos negros de mala madre.

7

En Mayo volvieron los integrantes del grupo de pildeseros. La lluvia torrencial que hasta hacía poco tiempo atrás había azotado toda la región había esparcido profusamente unos fangales pestilentes que habían invadido los caminos y habían sepultado la mayoría de los claros hechos por los aserradores y colonos en pleno bosque.

Llegaron completamente agotados por el enorme esfuerzo que debían hacer para levantar sus piernas embotadas de entre el barro pesado y denso. Las salpicaduras de lodo se les habían metido hasta en las orejas y las pestañas se les habían vuelto almidonadas y quebradizas. Las narices exhalaban un resoplido gelatinoso y oscuro.

Arribaron poco después del medio día cuando Ricardo se encontraba en un extremo retirado del rastrojo, revisaron los cercos vivos de palmas que habían sido su principal preocupación en la últimas semanas. Así que mientras regresaba al rancho, ellos tuvieron todo el tiempo del mundo para revisar minuciosamente todo lo que había dentro del rancho, cocinar agua de panela y tomársela caliente, acompañada con unos panes grandes y redondos que habían traído del puerto y recostarse a descansar bajo la sombra de los almendros.

A la media tarde, Ricardo los había encontrado roncando armoniosamente, con las hormigas paseándose por sus nuca mugrosas y los había dejado que siguieran durmiendo hasta que la visita intempestiva de un cerdo hambriento, los había despertado atropelladamente.

Con la llegada furtiva de la noche, reunidos en torno a una mesita rústica y desbalanceada donde humeaba una sopa de pastas, sin sal, ni aceite y sin condimentos, según las indicaciones del pildesero, empezaron a organizar la sesión de esa misma noche.

El negro acholado que en la anterior sesión había oficiado de medium, le comunicó a Ricardo, sin ningún rodeo, que entre los tres habían tomado la determinación de sugerirle que para esa noche, y según las indicaciones del sabio Salomón, él se convirtiera en medium pildesero. Ricardo no hizo ningún reparo y aceptó, indicando que si habría de convertirse en un verdadero pildesero, había que empezar cuanto antes.

En seguida, el negro acholado había metido su mano nervuda dentro de un morral y había extraído cuidadosamente unos trozos de bejuco y se los había colocado a la altura de los ojos. "¿Ñño, conoce usted esta animala?", le preguntó a Ricardo. El se quedó largo rato mirándolos y luego los sostuvo en las manos, los pellizcó delicadamente hasta arrancarles un pedazo de cáscara y se los acercó a las narices. Después los volvió a alejar, sosteniéndolos siempre en sus manos y dijo, sin mucho entusiasmo, que no los conocía pero que se le parecían mucho a la zaragoza.

"Eso dicen -respondió el negro acholado- que hay un bejuco que se le parece mucho y que se llama la zaragoza. Yo a ese no lo conozco". Y había continuado explicándole que el bejuco que le había mostrado era el famoso pildé y que se lo había traído para que lo sembrara en la finca y de paso enseñarle como se hacían esas cosas.

Que esa era la mamá de las plantas, le dijo, que tenía tantos poderes que era capaz de cuidarle la finca como el más incondicional de los mayordomos, que solamente hacía falta sembrarlo en una noche sin luna, con los dos pedazos formando una cruz, con cada extremo apuntando hacia un punto cardinal y que cuando se lo estaba tapando con tierra, se le decía "en el nombre de Dios te ordeno que me cuides la finca, que no permitas que ni de noche ni de día entren animales dañinos o personas malafesivas", y que en seguida había que empezar a cantar o silbar cualquier canción, o si quería podía hablarle en voz alta y que también se podía apegarle una grabadora encendida y que de ese modo la planta se aprendía la canción o las palabras que se le habían dicho, y que cuando ella crecía, de un año en adelante, ella hablaba, cantaba o gritaba en el momento en que alguna persona desconocida o algún animal extraño pasaba junto a ella, y entonces, claro, el ladrón o el intruso salía corriendo del puto susto.

"¿Es así o no es así, Ñño?", preguntó el negro acholado a otro de los del grupo que se hallaba ocupado arrancando las sapilcaduras de barro seco de su sombrero alón de totora. Que así mismito era, dijo, acomodándose en el banquito crepitante que estaba a punto de derrumbarse, y paseando sus enormes ojos de cuatín travieso por las caras opacas de los otros quienes lo miraban con expectativa; afirmó que él conocía la historia de un amigo que vivía en el Chontal y que había tenido sembrado en la finca ese mismo bejuco, y que a él le robaban, claro, pero no del lado donde tenía sembrado el pildé, sino por el costado en el que había sembrado unas matas de chocolate.

Entonces había contado que una vez ese hombre del Chontal, a quien le decían Bonifacito, había tenido unas matas cargadas de chocolate y había llegado un tipo a querer robárselos. Cuando el ladrón había empezado a acomodarse para arrancar las mazorcas, desde el monte se había escuchado un silbido fuertísimo que decía fuiiiiiii. El sonido había sido tan agudo que el ladrón había caído al suelo, con los tímpanos reventados y se había escapado dejando al pie del árbol un canasto, una escopeta recortada y una horqueta de madera. Don Bonifacito había conseguido una mata de pildé y le había enseñado a silbar de ese modo para que le ayudara a espantar a los ladrones que le saqueaban la finca. Después había conversado que ese ladrón había salido a mil de chapesca, saltando cercos y matojos hasta perderse por unos ranconchales de donde no había salido en toda la noche.

A Ricardo le pareció que había encontrado en el pildé una formidable manera de defender sus tierras de unos malafesivos que andaban queriendo quitárselas y habían empezado a meterse con sus matas y con sus animales. Que eso sí estaba bueno, dijo, que esa sí era una buena noticia para él, que tanto la necesitaba.

El negro acholado le aconsejó que procurara dirigirse a los demás con las palabras apropiadas porque un pildesero tenía la obligación de hablar con un vocabulario correcto, que era necesario demostrar un buen comportamiento hasta en la forma de hablar. En cuanto a los bejucos, le hizo saber que el pildé solamente obraba cuando ha sido agarrado sin permiso o cuando ha sido cambiado con productos que hayan crecido en la tierra donde va a ser sembrado.

A eso Ricardo no le veía problema, mi hermano, que por eso no se estuviera preocupando, que no más dijera qué cosa quería, ya sea de los cultivos o de los animales, que no más dijera, que si le recibía una gallina, una gallina le daba, que si prefería un racimo de plátanos, o lo que sea.

8

Una luna insípida se asomó tímidamente por encima de unos nubarrones extensos y amenazantes. Los grillos continuaban rumiando sus sonoridades obtusas bajo sus descampaderos de hojas de plátano y los sapos inusualmente ruidosos, estremecían la superficie de las charcas esparcidas por el terreno. La insistente presencia de una brisa hacía estremecer las llamas de las velas que

los pildeseros habían situado sobre unos troncos cercanos. Las sombras recortadas de los hombres y de los árboles se entrecruzaban agitadamente sobre el piso, en contraste con el aire de solemnidad que se percibía en el habla pausada y en los movimientos lentos de los hombres.

Esa noche, Ricardo había sentido mucho miedo porque a medida que había avanzado en el conocimiento de la práctica del pildé, había comprendido que la comunicación con los espíritus era una actividad que requería de mucha prudencia y decisión. Su mayor temor consistía en que una vez que haya sido poseído por un espíritu, éste decidiera permanecer para siempre en su cuerpo y se quedara él en el mundo de los poseídos, disvariando como loco, perseguido por los perros y despreciado por los humanos.

Los otros integrantes del grupo le aseguraron seriamente que este percance no podría ocurrirle porque el mismo espíritu del Sabio Salomón había decidido escogerlo para utilizarlo como medium. Además, ellos conocían un método para sacar el pildé del cuerpo del medium y despedir el espíritu, después de haber terminado la sesión: había que hacerle una cruz en la espalda, darle tres golpes con la mano apuñada, recordarle el nombre completo a cada golpe y decirle: "Yo te despierto en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". En seguida se requería proporcionarle una limonada pura hecha con una cantidad impar de limones, en todo caso mayor que nueve y menor que quince.

Así que Ricardo, una vez apaciguado con las explicaciones que le hicieron los otros integrantes del grupo, pidió que le colocaran el lazo que lo había de sostener por la cintura, se fijó que quedara bien asegurado al tronco de un árbol resistente, solicitó que alguien de pulso firme trazara el círculo mágico, rezó fervorosamente las oraciones que había recordado en ese momento, tomó un abundante trago de aguardiente de una botella que le ofrecieron, y pidió que le entregaran el pildé que se lo tomó pausadamente, sintiendo su amargor de purgante, se cuidó de no hacer ninguna mueca desagradable, recibió un cigarrillo encendido que alguien le pasó y se sentó a esperar la llegada del espíritu invocado, pensando insistentemente: "sabio Salomón te suplico tu presencia, espíritu del gran sabio Salomón te suplico tu presencia".

Y así una vez y otra vez, mi pana, con las manos frías y ensopadas de sudor, con el corazón trepado muy cerquita de las orejas, golpeando duramente como un bombo mecánico y solapado, hasta que había empezado a descubrir el camorro de una tracalada de guimbas que se acercaban pausadamente, dando

vueltas y haciendo espirales como en una danza de gotas fosforescentes y se iban metiendo por las orejas, por las narices, por los ojos de los hombres que se encontraban frente a él.

De pronto, había sentido un manotazo de candela que le golpeaba la nuca con tanta fuerza que le hizo ponerse de pie. Luego, la cabeza se le desprendió de la nuca y se elevó unos cuantos centímetros por encima. Entonces, intentó quedarse mirando en un solo punto, pero se dió cuenta que podía observar todo lo que ocurría alrededor, sin necesidad de mover la cabeza. Después, el ruido intenso de los grillos se había convertido en una ganzúa dolorosa que le penetraba por todos los poros de la piel y estuvo a punto de salir corriendo.

Sin embargo, alguien le dijo que se serenara, y la voz resonó varias veces en su cabeza como en una cámara de lana de balsa. Recordó que había un lazo que lo ataba a un árbol, a manera de cordón umbilical y sintió el paso cálido de un fluido intermitente que surgía del tronco del árbol y le penetraba por el ombligo. Se sintió calmado y alejado de toda angustia terrena. Alguien hizo una pregunta y escuchó que una voz grave y pausada, que no era la suya, pero que surgía desde su cuerpo, empezó a dar las respuestas.

Mientras intentaba fijar la mirada en los ojos relumbrantes de uno de los hombres que se encontraba enfrente, se le ocurrió la idea de que toda esa distorsión de sonidos e imágenes más bien parecía una emboscada que le había tendido algún espíritu maligno. Los ruidos se habían vuelto ensordecedores, como si todos los cajones del mundo estuvieran siendo arrastrados en la misma entrada de sus orejas y la tierra se había abierto como herida por las embestidas de un incendio subterráneo.

"Todo esto como que ya me lo conozco", había pensado Ricardo. En su memoria aun mantenía los quistes dolorosos de los recuerdos de sus encuentros con el maligno. Había querido salir corriendo e internarse en la espesura de la noche y de los bosques, pero había sentido en la profundidad de sus entrañas el temblonazo de la cuerda que lo mantenía atado al tronco de un árbol y se había quedado en el piso, temblando y gritando, con los sesos y la sangre completamente comidos por el espanto.

En medio del griterío, apareció el maligno. Con el mismo prés prés y con el mismo andar horondo. Con las mismas barbas acartonadas y triangulares de cuero de chivo viejo, con sus ojos vidriosos, con cachos descascarados de lo

viejos, con su cola hilachosa y su trinche, con sus mismas piernas arqueadas y raquíticas.

"Vengo a llevarte -le dijo- porque ya se ha cumplido tu tiempo" y echó a reirse estruendosamente. Y él pudo ver su risa, mi pana, y era una espesa baba verdosa que se retorció en el aire como una melcocha tierna y se metía en su cuerpo por la boca, por las orejas, por la nariz, por el mismo culo, mi pana, y esa risa empezaba a circular por su sangre y se le subía a la nuca, al pecho, a los huesos, al cerebro, hasta hacerlo estremecer de dolor y de espanto porque era como una aguja hirviente de cien mil puntas corriendo alocadamente por todo su cuerpo.

Se había sentido completamente copado por la muerte, pero había querido ensayar una última oportunidad y no entregarse así tan fácilmente. Así que se había armado de una guadua larga que encontró en el piso, la levantó y empezó a darle azotones. Sentía que la guadua se estrellaba en la cabeza balsosa del maligno y miraba el chisporroteo de sus ojos como castillos de fiesta. Seguía buscándolo y azotándolo con todas sus fuerzas. Lo escuchaba reirse, pero también lo miraba caerse de culo a causa de los golpes y levantarse en seguida como un borracho testarudo. De pronto había sentido un manotazo violento en la espalda, como si le hubiera caído una pared encima, y alguien lo había llamado, diciéndole su nombre: "Ricardo, Ricardo, Ricardo", le habían dicho tres veces. Había sentido que las piernas se le desbarataban completamente y se había caído de bruces, sin sentido, mi pana.